

"Las figuras de la madre representan el punto de articulación entre el deseo inconsciente, las relaciones de parentesco, en condiciones histórico sociales determinadas y la organización de la cultura patriarcal".

Tubert, 1993 p.12

Introducción

Cuando las mujeres estudiamos acerca de la maternidad, no podemos evitar revivir nuestras implicaciones emocionales con la figura de nuestras madres, pues evocamos recuerdos y afectos muy profundos. Nacimos de una madre, muchas somos madres y quienes no lo son, entran en una profunda disquisición

filosófica acerca del sentido de su existencia como mujer debiendo enfrentar enormes presiones sociales que dificultan su opción. En esta perspectiva Simone de Beauvoir, después de sesenta años de su obra *El Segundo Sexo*, nos brinda aportes invaluable acerca de la maternidad, en la medida que articula la experiencia materna con múltiples relaciones, de la mujer con la sociedad, las de pareja, la ubicación de la mujer en el mundo social, a la vez que relativiza metáforas comunes sobre la madre en nuestra sociedad como la de la madre feliz, sacrificada y abnegada, permitiéndonos a las mujeres expresar nuestras ambivalencias y movernos en un pensamiento complejo y dual acerca de la maternidad.

La maternidad desde Simone de Beauvoir

Yolanda Puyana Villamizar

Trabajadora Social,
Profesora Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas.

Simone de Beauvoir hace más de 50 años renunció a la maternidad biológica, pues la sentía incómoda porque soñaba en situarse de manera crítica ante las injusticias sociales, trataba de desentrañar su propia existencia, como filósofa y política al mismo tiempo, explicarse desde el existencialismo los distintos momentos del ciclo vital, las formas de opresión de la mujer y en una palabra vivir intensamente en el mundo cultural, social y político de la época, un mundo más bien masculino y lejano para muchas mujeres durante la posguerra en Europa. Deseaba ante todo la libertad, no fijar compromisos matrimoniales pues en ese entonces, más que ahora, la maternidad se inscribía con mayor fuerza en la familia patriarcal. Deseaba además, vivir sin ataduras sus amores y pasiones.

Así habló al respecto en una entrevista acerca de su papel de escritora en contrapeso con la maternidad:

No pienso que haya diferencia entre vivir la vida como escritor o como escritora. Pero se está lejos de admitir que una escritora es ante todo una mujer que ha consagrado su vida a la escritura y que no ha tenido lugar para otras ocupaciones llamadas femeninas. Por ejemplo, se me ha reprochado mucho el no haber tenido hijos, mientras que, refiriéndose a Sartre dice: nadie se lo ha reprochado, aunque sea tan normal para un hombre como para una mujer tener hijos y se los pueda querer tanto siendo padre como madre. Pero el reproche ha caído sobre mí porque



Fuente: Revista Emma, No. 21, enero-febrero 2008, Deuche, p. 71

se piensa que una escritora es, ante todo, una mujer que se distrae escribiendo, lo que no es cierto, porque es el conjunto de una vida que está estructurada por y sobre la escritura y, por tanto, aquello implica montones de renunciadas, montones de elecciones también, y éste ha sido mi caso. He vivido verdaderamente en la medida en que quería escribir.¹

Nos quedan algunos interrogantes: ¿no formó también una familia, como respuesta contestataria de la familia burguesa?: la pensadora ejerció formas de maternidad social con sus alumnas y su hija adoptiva? y ¿no estaría ahora en su tumba satisfecha ante la calificación de madre o de abuela, del feminismo?

Si bien ella sentía la maternidad como una circunstancia que menoscababa derechos o simplemente, para ella no la deseaba, gran parte de *El Segundo Sexo*, su obra emblemática, está atravesada por el análisis de la función materna, ligada a la explicación de las condiciones de subordinación, acompañada de una reflexión filosófica acerca de la práctica diaria de muchas mujeres en las diferentes fases de la misma: el aborto, la concepción y contracepción, los primeros meses de la gestación, el parto, la lactancia y la socialización de niños y niñas.

En esta exposición pretendo aportar algunas reflexiones acerca de la forma como Simone de Beauvoir aborda el tema de la maternidad, desde distintos niveles de análisis: En primer lugar, me refiero a algunas condiciones del contexto cultural de la época cuando la

maternidad se consideraba la meta única de la mujer, pero al mismo tiempo, las mujeres siguiendo la tradición de las Preciosas del siglo XVI, rechazaban condiciones de opresión que las sujetaba a una maternidad cercenadora. En la segunda, reflexionaré acerca de la forma como Simone interpretaba la función materna, como categoría sustancial ligada de manera inevitable con la reproducción de la especie, su instauración dentro de las cosmogonías y los simbolismos religiosos orientadores del devenir de las culturas. Finalmente, retomaré las reflexiones que la filósofa elabora acerca de la maternidad inserta en la cotidianidad, como tarea vital de la mujer, generadora a la vez de sentimientos contradictorios, ambivalentes, condicionados por la división sexual de roles en el hogar y por la cultura. En este aparte relaciono los planteamientos de la autora, basados en las condiciones de la sociedad de las mujeres francesas entre los años 30 hasta el 49 del siglo XX con algunas de las interpretaciones de la maternidad que en distintas circunstancias construyen las mujeres colombianas.

El contexto cultural en el que Simone de Beauvoir critica la maternidad

El papel que cumplen las disquisiciones sobre la maternidad se comprende mejor si revisamos las representaciones sociales dominantes de la época las cuales fluctúan entre la posición dominante sacralizadora de la maternidad y la disidente que rechazaba la exclusión de la mujer del mundo social.

Con relación a la sacralización, Elizabeth Badinter (1981) en su texto acerca del amor maternal, se refiere a las ideas en boga en el pensamiento moderno propio de la ilustración, las cuales formaban parte de la revolución de las mentalidades cambiantes de la vida cotidiana liderada por pensadores como Rousseau, Voltaire, los fisiócratas y los economistas clásicos, quienes veían a la familia compuesta por el padre, la madre, los hijos e hijas como la forma ideal de organización complementaria al desarrollo capitalista y el pensamiento individualista de esa época

“desde 1760, se crea y divulga el mito del instinto materno. Un faro ideológico que enaltecerá a la madre y hará desaparecer al padre. Se quieren formar sujetos humanos que serán la riqueza del Estado. Bajo la idea de vuélvete indispensable para la familia y ganarás ciudadanía, las mujeres aceptaron dicho papel. El estatus de la mujer, madre, rodeada de muchos hijos, responsable de la vida emocional de la familia se resalta y las mujeres se adhieren a este nuevo papel, posiblemente mejor que al anterior”. (Badinter, 1981p.233).

El pensamiento ilustrado se vuelca hacia la niñez por ser considerado como uno de los tesoros más valiosos para un ciudadano. Se creía que la función materna brindaba a la humanidad una contribución fundamental para la construcción del futuro, pues garantizaba riqueza y poder. Así mismo, se consideraba que un Estado era poderoso en la medida que contabilizara más población, por tanto la muerte de niños

constituía un desperdicio para éste pues así perdían soldados para la defender la patria. En la misma época, se comienza a cuestionar el matrimonio por conveniencia, y se divulga el pensamiento liberal acerca del derecho a la felicidad en la familia. Posteriormente, a comienzos del siglo XX dado el bienestar alcanzado por las sociedades europeas, se pensaba que la mortalidad infantil incidía en la pérdida de consumidores necesarios para la producción capitalista y que era necesaria la formación de la fuerza de trabajo con el fin de responder a una tecnología cada vez más sofisticada.

La necesidad de exaltar la función de la madre en la crianza y el cuidado de los niños y niñas se fundamenta en el mito del instinto materno, derivado de la capacidad corporal de la mujer para gestar, lactar a la prole y por su papel en la conservación de la especie. Una visión naturalista de la maternidad conlleva a concebir que la disposición biológica a gestar y procrear, tiene como consecuencia una tendencia natural de la mujer a ser madre y de ese instinto, se derivan los rasgos de la femineidad y de su proyecto en la vida social. Se considera así que madre significa lo mismo universalmente, como si el hecho de procrear fuera suficiente para explicar la conducta femenina, para generar el amor materno y estuviera sometido a las leyes inevitables de la naturaleza.

El nuevo estatus de la madre producto del pensamiento ilustrado, en principio fortalece el patriarcado, ya que se mantiene el dominio del hombre en el mundo público y el matrimonio se

convierte en la institución que permite su control y su capacidad reproductiva. En ese sentido, la representación social que justifica la maternidad a partir del instinto materno fortalece su papel de la madre en la familia, sirve para desarrollar aquellos lazos sutiles del llamado patriarcado por consentimiento, - vínculos consensuales y emocionales que someten a la mujer a la familia patriarcal, al cual se refiere Celia Amorós, pues cuando una mujer concibe como única meta vital la maternidad y dedicarse a la familia, se excluye a la vez de otras instituciones sociales y de plasmar proyectos de vida en otros campos.

En la misma época, las ciencias sociales, la filosofía y el psicoanálisis contribuyen darle más fuerza a estas representaciones sociales. August Comte concebía la sociedad moderna como una organización en la cual se delimitaba el papel de cada sexo, el filósofo Ortega y Gasset para quien la mujer no nace, no se proyecta, simplemente está (Puleo, 2004) y posteriormente a mitad del siglo XX Talcott Parsons, (León 1995) proponía que la familia ideal para el desarrollo de la sociedad moderna era aquella conformada por un hogar nuclear biparental con hijos, centrado en la madre quien ejercía el rol expresivo, mientras el hombre como proveedor cumplía con el instrumental. Desde los años 40 el texto de Helen Deutsch, sobre la psicología de las mujeres, las define en tres términos: **pasividad, masoquismo, narcisismo** y afirmaba:

“La niña se presenta más dócil y necesita más protección del varón y su pasividad sexual es la especificidad de la hembra y de la mujer. La ausencia de la actividad vaginal originaria

constituye el fundamento fisiológico de la pasividad femenina. El masoquismo femenino, se vuelve contra la misma mujer y se transforma en la necesidad de ser amada, mientras que el del hombre se vuelca hacia afuera. Este masoquismo se revierte en los esposos, luego en los padres y después se compensa en el parto y la maternidad, que son etapas vinculadas al sufrimiento”. (Op. Cit. Badinter 1981, p. 258-259)

Al mismo tiempo, después de la segunda guerra mundial la llamada primera ola del feminismo ya había levantado los ánimos de grupos reducidos de intelectuales francesas. En 1944 lograron el derecho al voto y se planteaban en contra de la maternidad por considerarla como causa de opresión, causando un escándalo en la sociedad francesa que como compensación a la guerra pretendía repoblarse. Así mismo, el énfasis del existencialismo en la opción y la libertad de cada sujeto va a incidir en la mirada de Beauvoir, contra la sujeción de la mujer a la vida familiar.²

En el contexto cultural descrito, romper con todas estos imaginarios sociales en boga, nos generan una mayor valoración del aporte de Simone de Beauvoir en la búsqueda de una nueva identidad femenina. En contra de las visiones biológicas que naturalizan la situación de la mujer, ella sitúa en el campo de lo simbólico y en las representaciones culturales que signan la división sexual de roles, las visiones acerca de la maternidad como eje articulador de la familia. Si bien hombres y mujeres somos biológicamente distintos, la autora asegura que no es la naturaleza la que fija la diferencia sino

la forma como interpretamos el acto biológico de la procreación y las cualidades corporales que nos diferencian. Desde 1.949 en *El Segundo Sexo*, criticó la forma como se concebía la maternidad, cuando las mujeres mismas "reducen el embarazo a un delicioso olvido de si mismas". El cuerpo femenino dice la autora, no es un hecho natural es una idea histórica, pero carece de una significación cultural independiente de los discursos de la maternidades.

"Si bien se afirma que a través de la maternidad la mujer realiza integralmente su destino biológico; esta es su vocación natural, puesto que todo su organismo se halla orientado hacia la perpetuación de la especie. Pienso que la sociedad humana no se encuentra abandonada nunca a la Naturaleza". (Beauvoir, 1949 p. 307)

Esta misma postura teórica ha sido retomada cuarenta años después por historiadoras de las maternidades como Mabel BURIN, M. E Irene Meler (1998). Sharon Hays (1998), Nancy Chorodow (1984), con quienes coincidimos en definir la maternidad como una construcción social. Así se refiere Sylvia Tubert al respecto:

"Lejos de ser un reflejo o un efecto directo de la maternidad biológica, son producto de una operación simbólica que asigna una significación a la dimensión materna de la feminidad y por ello, son al mismo tiempo portadoras y productoras de sentido". (Tubert, 1996. p. 9)

La función materna como categoría explicativa de la subordinación de las mujeres.

Al tratar de explicarse las causas de la opresión femenina y a partir de las investigaciones antropológicas de Levi Strauss, Beauvoir imagina a las mujeres de las hordas primitivas llenas de hijos y esclavas de la procreación. Formuló su tesis acerca de la universalidad de la opresión contra la mujer, con el siguiente razonamiento: como no había ningún control de los nacimientos y dado que la naturaleza no asegura a la mujer períodos de esterilidad como a la otras mamíferas, las repetidas maternidades debían absorber la mayor parte de sus fuerzas, sus tiempos, las mujeres solo podían asegurar la vida de los niños que daban a luz, concentrando sus energías vitales en este hecho. Según la filósofa la mujer no tenía el privilegio de mantener la vida frente a su macho creador y era el hombre el que aseguraba el equilibrio entre reproducción y producción.

Escribe al respecto en *El Segundo Sexo*:

"Engendrar, amamantar, no son actividades son funciones naturales, no suponen ningún proyecto, por esta razón no sirven a la mujer para la función activa de su existencia. Sufren pasivamente su destino biológico. Los trabajos domésticos a los que se consagra la mujer porque son los únicos conciliables con las cargas de la maternidad, la encierran en la repetición y en la inmanencia, se reproducen en forma idéntica, se perpetúan en forma idéntica que se perpetúa casi sin cambios de siglo

en siglo, no producen nada nuevo... El caso del hombre es radicalmente distinto; el no alimenta a la colectividad de manera de las abejas obreras por medio de un simple proceso vital, sino por actos que trascienden esa condición animal... La peor maldición que pesa sobre la mujer es estar excluida de esas expediciones guerreras... (sic) la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata, no al que engendra" (Beauvoir p. 88).

(...) En 1949, apenas Francia se recuperaba de la segunda guerra mundial, Simone de Beauvoir enunciaba en *El Segundo Sexo*: "El embarazo y la maternidad serán vividos de manera muy distinta según se desenvuelvan en la relación, en la resignación, la satisfacción o el entusiasmo" (...)

En efecto, para Beauvoir el tiempo de la mujer está ligado a la conservación de la vida, a lo inmanente y el espacio se limita a la familia. El hombre por el contrario, lucha contra la muerte, arriesga la vida, va a la guerra y los retos de la muerte inciden en la construcción de un tiempo trascendente y un espacio infinito. Así mismo, piensa en una abrupta separación entre los significados culturales que los grupos humanos de la época paleolítica otorgaban a la mujer, pues sacralizaban su capacidad de reproducir y la plasmaban en las imágenes de las diosas madres pero al mismo tiempo, las prácticas

de la vida cotidiana eran de sometimiento, no correspondiendo el orden de lo real con la imaginaria religiosa. Por lo tanto, la mujer estaba totalmente sometida, así se adorara a la diosa madre.

Las tesis de Beauvoir acerca de la universalidad de la sujeción de las mujeres a causa de la maternidad, va a ser cuestionada desde la investigación antropológica al final del siglo XX. Por un lado, se criticó el sesgo androcéntrico de la antropología el cual homologaba el papel del hombre a la cultura y el de la mujer a la naturaleza. Sherry Ortner, en 1979 se preguntaba si era válida esta polaridad cuando se aprecia la actividad de la caza masculina – con zeta- y se minimizan las tareas de la casa – con ese-. Pareciera que la crianza, la cocina, todos los oficios necesarios a la reproducción de la especie, incluyendo la horticultura, fueran ajenas al mundo de lo simbólico, desvinculadas del lenguaje y de la producción de tecnología. Aún nos preguntamos por la actividad cultural inmersa en el paso de lo crudo a lo cocido, seguras de que al tiempo en que la mujer inventaba formas de cocer y mantener los alimentos desarrollaba un pensamiento trascendente y un acto de producción cultural. Nos preguntamos con esta autora: ¿qué hacían las mujeres mientras que los hombres cazaban? De manera que la creación cultural que significó el mundo de lo doméstico entre los primitivos implicó también un pensamiento creativo y activo entre las mujeres. Como afirma Guiomar Dueñas (1991):

"En el hogar la mujer participa activamente en el proceso cultural: la madre es el primer

agente de socialización y en consecuencia, la primera representante de la cultura. Además no hay que olvidar que la principal tarea de la madre consiste en la transmisión del lenguaje. Igualmente los procesos de cocción de los alimentos, tarea doméstica por excelencia, es un claro paso de lo natural a lo cultural, y es la mujer la artífice de este proceso.”
(Dueñas, 1991 p. 43)

Ante lo expresado por de Beauvoir en *El Segundo Sexo* acerca de que el mundo ha pertenecido siempre a los machos, Gerda Lerner (1989), Riane Eisler (1994) y Elizabeth Badinter (1994), entre otras, han retomado la investigación antropológica más reciente sobre el período paleolítico y el neolítico, afirmando que el papel femenino consistente en brindar cuidado y alimentos no implicaba su tratamiento como seres inferiores. Proponen una nueva mirada de las esculturas y pinturas y encuentran una valoración más equitativa de ambos sexos. Por ello Elizabeth Badinter plantea la metáfora del uno y el otro para referirse a la forma como se valoraban y complementaban los hombres y las mujeres. Eisler por su parte, asocia esta época con el poder del Cáliz, un poder más equitativo que no puede denominarse matriarcal, porque no cabe en el paradigma convencional del poder basado en el dominador – dominado. “Calza más bien, con una sociedad solidaria en que ninguna de las mitades prevalece sobre la otra y donde la diversidad no equivale a inferioridad o superioridad” (Eisler, 1993, p. 27)

Sobre el significado de las figuras y estatuas de la prehistoria consideran las autoras citadas que por el contrario, nos comunican algo importante de

nosotros mismos, mostrando como los hombres y las mujeres veneraron los poderes humanos vivificantes del universo. Según Riane Eisler (1993) durante el Paleolítico, alrededor del 32.000 a 11.000 antes de Cristo, se encontraron vestigios de la edad de piedra, vestigios expresivos de los temores ante la vida y la muerte. Se adoraba a la gran diosa - aún presente en la mitología occidental-, la vulva y los senos eran más bien los símbolos de la misma, pues se asociaban con las fuentes otorgadoras de la vida. Concluye con la siguiente hipótesis: aunque ha existido una tendencia de la antropología a interpretar las figuras rupestres con los ideales de la caza, varias fuentes han comprobado que no se usaban armas, sino plantas, árboles, cuñas y hojas. La voluntad de vivir encontró expresión y seguridad a través de creencias fuertemente arraigadas acerca de que los muertos pueden volver a la vida a través de un nuevo nacimiento. Se asoció lo femenino con el poder de la vida y al mismo tiempo, con la capacidad femenina de atraer a los difuntos.

Las anotaciones aquí expuestas acerca de la generalización que Simone de Beauvoir hace de la maternidad como causa última de la opresión de la mujer, no invalida su aporte crítico acerca de la mentalidad patriarcal sobre la reproducción. Las críticas constituyen más bien, una demostración de los avances del pensamiento feminista al respecto, sumado a su capacidad de integrar los descubrimientos de la arqueología desarrollados en la segunda parte del siglo XX. En esta perspectiva sus análisis sobre la maternidad constituyen aún un aporte invaluable, veamos algunos de ellos:

La maternidad debe dejar de ser un destino para convertirse en un proyecto moral de la mujer

En 1949, apenas Francia se recuperaba de la segunda guerra mundial, Simone de Beauvoir (1949, p. 271) enunciaba en *El Segundo Sexo*: “El embarazo y la maternidad serán vividos de manera muy distinta según se desenvuelvan en la relación, en la resignación, la satisfacción o el entusiasmo”. En el devenir específico de la maternidad en cada etapa del ciclo vital de las mujeres persiste una enorme complejidad de sentimientos ambivalentes relacionados con el contexto social, el momento de su vida, sus condiciones familiares y el deseo, tan sublimado cuando se trata del cuerpo de la mujer.

En efecto, quienes poco han profundizado en el pensamiento de la autora, se mueven bajo la idea de que ella rechaza la maternidad. Pero su posición es más profunda y la maternidad criticada es aquella enajenante, la que no constituye una opción, la sublimada como único camino de felicidad de la mujer, en pocas palabras lo que Ana María Fernández (1994 p.161) ha criticado como los imaginarios sociales dominantes que condicionan nuestro universo cultural y el papel de la mujer a partir de la metáfora con la cual se asocia a la mujer con la maternidad:

“Actualmente, nuestra sociedad organiza el universo de significados en relación con la maternidad alrededor de la idea Mujer = Madre: la maternidad es la función de la mujer y a través de ella la mujer alcanza la realización y adultez. Desde esta

perspectiva la maternidad da sentido a la feminidad, la madre es el paradigma de mujer, en suma; la esencia de la mujer es el ser madre”.

La ecuación señalada es interiorizada por las mujeres desde su propia socialización, a partir de esta creencia fijamos a la mujer en la inmanencia -usando los términos de Simone-, impidiéndole entrar a nuevos campos sociales. Esta ecuación aún es vigente en Colombia y signa el ciclo vital de la mujer desde antes de nacer. Así lo observé durante un trabajo de campo que realicé en 1997 como parte de un proceso de investigación acerca de los imaginarios sociales de las mujeres populares en Boyacá y Santander. A través de talleres las campesinas construyeron unas historias acerca de sus vidas. Encontré que la metáfora dominante correspondía a la vida condicionada por la maternidad, como un continuo que aparece en su trayectoria vital. Veamos una de las historias:

“Nací en la casa de Pedro y María, llegué únicamente con la ayuda de mi mamá en un cuarto de San Alejo para que los demás miembros de la familia no se dieran cuenta. – sic. el parto es un acto vergonzoso- Mi cama era una hamaca hecha de un costal de fique y para viajar, mi mamá me llevaba a la espalda. Mi vestido era cualquier tela y me amarraban esas telas con cabuyas. No se distinguía el niño de la niña. A los cinco años recuerdo que mis juguetes eran tusas, calabazas, piedras y pepas de borrachero. Mi alimento eran: papas, habas, calabaza y rubas. No tenía tiempo

de jugar, ni de inventar juegos porque tenía que ayudar a mis padres, cuando no en la cocina, en el cultivo. Me ponían a cargar los niños menores. Me entraron a estudiar a los siete años en contra de mi padre porque él decía que las mujeres no debían estudiar, pues pa' que, si iban a ser madres. Me mandaron a la escuela descalza y sin lonchera. Hice dos años pero aprendí a leer y a escribir. Cuando llegaba de la escuela era a ver de las ovejas, a llevar la comida a los obreros y el guarapo. Alcancé a cursar hasta tercero de primaria, pues mis padres me castigaban mucho porque no me rendía el oficio o porque buscaba en que divertirme con mis amigos. Todo esto me daba mucho mal genio y mantenía de mal humor. Con la menstruación estuve asustadísima porque no tenía a quien preguntarle de eso, con quien desahogarme, no sabía si de pronto fuera malo... Cuando llegué a los quince años comencé a salir con amigos pero a escondidas porque me castigaban, tampoco supe que era una fiesta porque nunca me dejaban salir A los veinte años conocí a Juan, hijo del vecino y contrajimos matrimonio porque mis padres me obligaron y nos fuimos a vivir a un rancho muy pobre. Cumplí con mis destinos porque tuvimos tres hijos, continuando la tradición de una mujer campesina, ahora lucho por la educación de mis hijos."

En la historia narrada por estas mujeres, se destaca la pobreza propia de su contexto y la

mirada de la infancia con los imaginarios que ellas han construido hoy, por ello añoran los vestidos, los juguetes y la lonchera. Al mismo tiempo, expresan su propia historia, la cual se desenvuelve de manera lineal, pues en razón a su ciclo vital la cultura le obliga a asumir roles fijados bajo el criterio moral de ser una buena madre al realizar un trabajo infantil que la adiestra en actividades de servicio, forma para la obediencia, complementado por el mínimo interés de sus padres para que estudien, pues serán madres y hasta que alcanza un marido y unos hijos. Así se reproducen las tradiciones a través de las cuales las mujeres cumplen con **sus destinos**. Palabra que contiene varias connotaciones, es a la vez maternidad y el oficio doméstico asociado al sacrificio materno en el cual es especialmente hábil la mujer. Beauvoir (1949 p.275), con su aguda crítica califica este tipo de maternidad, como la propia de las *madres ponedoras*:

"Las que se sienten totalmente realizadas y quieren repetir constantemente el embarazo y la lactancia. Estas madres ponedoras antes que madres, buscan ávidamente la manera de enajenar su libertad y ciernen sus vidas en la medida que aceptan de manera pasiva la fertilidad de sus cuerpos. Se siente integrada al todo, carne que existe por y para otra carne Enajenada en su cuerpo y su dignidad social, la madre tiene la pacífica ilusión de sentirse en sí un valor completamente realizado. Las madres se sienten esclavas de sus hijos, cultivan una ansiedad mórbida y no quieren que sus hijos se

alejen de ellas. Renuncian al placer y a la vida personal."

Una segunda metáfora hallada en las historias de las mujeres de sectores populares obedece a la de la madre desnaturalizada, es para ellas ese tipo de mujer que busca la satisfacción sexual y se rebela contra sus destinos. Por tanto, es sancionada por el mismo destino o por Dios, ya que causa efectos perjudiciales a sus hijos. La sociedad, como lo plantea Beauvoir, responsabiliza a la mujer del futuro de los hijos, si ellos no cumplen con un rol productivo o se convierten en contraculturales, la castiga. De la mujer buena madre el pensamiento se polariza hacia la mala madre, cercana a Eva, a la hetaira, la mujer libre sexualmente y por ello, castigada por la sociedad. Leamos la historia:

Alicia el castigo y el fracaso de la mujer.

"Le gustaba jugar, le gustaban los jardines, tenía un animal en especial que era un perro, vivía en el campo, le gustaba barrer, bailar, pero se le prohibía mas que todo el baile y tenía muchos amigos. La mamá la castigaba porque ella era curiosa y preguntona. - igual a Eva- Crece y luego se enamora y tiene problemas con los hermanos y padres que le prohíben salidas, fiestas y reproches por el novio. Ella toma una determinación y cree que lo mejor es huir de todos estos problemas. Se va de la casa, afronta su propia vida y se casa. Allí comienza pues a sufrir y llega su primer hijo, después de unos años de matrimonio

queda sola: Empieza a tener disgustos con el hijo porque ella a pesar de todo el dolor, después de que se fue el marido se refugia en el licor. Se vuelve liberada, al tomar su vida libremente, se traslada de ciudad, aprovecha la libertad, el libertinaje, estudia y hace de todo un poco. Después se consigue su amante. Ahí si que vienen los problemas porque el hijo ya viene a reprocharle todo y se refugia en las drogas, que es un problema que nosotros tenemos mucho aquí en Colombia El amante la deja y a sufrir sola, ni con el hijo, ni con nadie. Descuida su hijo para lograr otro amor, pero termina muy mal."

(...) En el devenir específico de la maternidad en cada etapa del ciclo vital de las mujeres persiste una enorme complejidad de sentimientos ambivalentes relacionados con el contexto social, el momento de su vida, sus condiciones familiares y el deseo, tan sublimado cuando se trata del cuerpo de la mujer (...)

Como describen estas mujeres populares, Alicia esta madre rebelde no cumple con los deberes de la madre sagrada, de dirigir su vida a partir del sacrificio, ni logra parecerse a la Virgen Maria siendo pasiva y asexual. Esta mujer, debe ser castigada porque cometió el delito más grave que puede ocurrir contra la maternidad, como es el descuido de un hijo. Como se observa en el

relato en ninguna parte se consideran a los padres abandonadores y menos se les atribuye culpa por el abandono.

Otra reflexión de Simone de Beauvoir, (1954, p. 271) acerca de la maternidad es su enunciado acerca de los sentimientos ambiguos de amor y odio que esta situación genera. Estas reflexiones le permiten a las mujeres reconocer sus temores, rebelarse contra las limitaciones que dicha situación genera: Así se refiere la autora a la maternidad: “es ambivalente en el transcurso del embarazo se reviven los sueños infantiles del sujeto y sus angustias como adolescente, y el embarazo es vivido indistintamente según sean las relaciones de la mujer con su madre, con su marido y consigo misma”. De nuevo si comparamos el caso de Colombia, nos encontramos con relatos en los que se manifiestan sentimientos ambivalentes, especialmente intensos y contradictorios cuando se trata de madres muy jóvenes y solteras. Así se acuerda de esta época Marta, quien fue madre a los 18 años:

Bueno yo tuve dos momentos importantes dentro de ese embarazo. Uno cuando me enteré que fue un totazo, pues bruta, queda uno como loco, como ido, como que no hay que hacer, muy desesperada. Pero al mismo tiempo, de una aceptación a tenerle y rechazo a perderla. Desde el primer momento yo acepté a quien iba a nacer, ese fue un momento importante para mí. En el momento en que nace pues sí, como muy rico, muy chévere pero uno no está en la jugada. El niño esta ahí, pero tu estas en otro cuento, estas en otra película y es un

proceso de aceptación largo. No la vives, no la sientes, no la percibes, ese papel lo vivió mi mamá. Era que yo pues, era mi hija, pero yo no estaba en plan de madre, yo estaba en otros planes. Mi plan era que si me salía una fiesta, una salida yo no podía hacerlo, entonces te da rabia y contra quién la coges?, pues contra la muchachita. Nunca le pegué para decir que fui madre mala, no, para nada. Pero si es la rabiecita y el fastidio de que ésta cosita no me deja salir. De 18 años tu en qué planes estás?, pues de rumba y de fiesta.

Finalmente, consecuente con el existencialismo propone comprender la maternidad como acto moral, con esta perspectiva es enfática en exigir la opción libre a decidir si se desea o no ser madre, por lo tanto, se sitúa a favor del aborto e interpreta el control de la natalidad como un aporte sustancial para las mujeres, precisamente porque permite concretar esa opción moral. Defiende el aborto luchando contra la doble moral que le ataca, y sus palabras son bien vigentes si nos situamos en la Colombia de principios del siglo XXI:

“Hay pocos asuntos acerca de los cuales la sociedad burguesa despliega más hipocresía: el aborto es un crimen repugnante al cual resulta indecente acudir. Si hablas de aborto te acusan de encharcarse en el fango y descubrir la humanidad bajo una luz abyecta. Realizado brutalmente y mal cuidado el aborto es mucho más penoso que el parto normal, se acompaña de turbaciones nerviosas que pueden llegar a crisis epilépticas y a veces provoca graves

enfermedades internas y provoca un hemorragia mortal". (Beauvoir, p. 267)

En conclusión, Beauvoir exalta a la mujer y no a la mujer definida con base en la maternidad, rechaza la identificación de lo femenino con lo materno situándose en contra de las tesis biológicas y naturalistas sobre el instinto maternal, contra imaginarios que no se aplican en ningún caso a la especie humana. Define múltiples posibilidades para comprender las actitudes de las madres, al relacionarla con el conjunto de su situación, por el modo en que la asume y en esto es extremadamente variable: desde la decepción, el odio, el temor, la carga que inhibe, la alegría, la responsabilidad, la riqueza, el tirano, el martirio, generador de compromiso, de narcisismo, de altruismo, el sueño, la potencia creadora o la devoción. Al tiempo genera actitudes ambivalentes desde el cinismo hasta el placer sensual. Todos estos sentimientos complejos, por lo general simultáneos, que Beauvoir va ilustrando en la medida en que desarrolla el capítulo al respecto en el tomo II de *El Segundo Sexo*.

Por ello para terminar deseo traer a colación dos poetisas citadas por la filósofa en la que se percibe esta dualidad:

"Pesaba sobre mis brazos, sobre mi pecho, como la cosa más pesada del mundo, hasta el límite de mis fuerzas. Me hundía en la tierra en medio del silencio y la noche. De un solo golpe me había arrojado todo el peso del mundo sobre los hombros. Por eso lo había querido. Sola me sentía demasiado ligera". (Beauvoir. P 289).

En contraste con la satisfacción y sensación de plenitud generadora, escritos por Cecile Sauvage, que para Beauvoir, responde a la maternidad posesiva, pero pienso yo satisfactoria, en ese momento para ella:

*"Aquí estás, mi pequeño amante.
En el gran lecho de mamá.
Puedo besarte, tenerte,
Pesar tu hermoso porvenir
Buenos días mi estatuita,
De sangre, de dicha y carne desnuda.
Mi pequeño doble, mi cariño".
(Beauvoir, 289)*

En general, Simone aboga por el reconocimiento de la ambigüedad y la pluralidad de sentimientos que la maternidad genera. Maternidades que pueden ser catalogadas desde diversos ángulos: madres amorosas y al mismo tiempo cansadas, madres que justifican la vida con su sacrificio, madres enamoradas de sus hijos, pero al mismo tiempo capaces de construir un proyecto alternativo de vida, madres cercenadoras en general, todo tipo de madres que ahora gracias al feminismo somos capaces de encontrarnos al mismo tiempo con otros proyectos vitales incluso al no querer ser madres, pero de todos modos a no estar sujetas sólo a la maternidad.

Citas

- 1 Entrevista realizada a Simone de Beauvoir 1967 publicada en la página web sobre su biografía. Consulta hecha 15 de marzo/2008
- 2 En los demás artículos de esta revista se detalla este proceso.

Bibliografía

- De Beauvoir, Simone. 1.981. *El segundo sexo*. Tomos I y II Ediciones Siglo XX. Buenos Aires
- Dueñas, Guiomar. 1991." Desentrañando la lógica que presupone la inferioridad de la mujer". En *Mujer, Amor y Violencia*. Tercer Mundo y Universidad Nacional de Colombia. Bogotá
- Chorodow, Nancy. 1984. *El ejercicio de la maternidad*. Editorial Gedisa. Barcelona
- Burín, Mabel y Meler Irene. 1998. *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Editorial Paidós. Buenos Aires,1998.
- Badinter, Elisabeth. 1987. *El uno es el otro*. (M. Latorre, Trad). Editorial Planeta. Barcelona
- _____. 1991. *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Lerner, Gerda. 1990. *La creación del patriarcado*. Editorial Crítica, Barcelona, España
- León, Magdalena. 1995 "La familia nuclear origen de las identidades hegemónicas". En Arango, Luz Gabriela y otras. *Género e identidad*. *Ensayos sobre lo masculino y lo femenino*. Tercer Mundo, Bogotá
- Hays, Sharon. 1998. *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Ediciones Paidós. España.
- Eisler, Riane. 1993. *El cáliz y la espada*. Editorial Cuatro Vientos. En: cuadernos familia, cultura y sociedad No.1
- Mosquera, Claudia y Yolanda Puyana. 2001. *Representaciones sociales de la paternidad y la maternidad*. Informe de investigación. Universidad Nacional de Colombia
- Puyana, Yolanda. 1997. *Los imaginarios sociales de un grupo de mujeres de sectores populares*. Informe de investigación. Universidad Nacional de Colombia
- Puleo, Alicia. 1994." Perfiles Filosóficos de la maternidad". En: *Las mujeres y las niñas primero. Discursos sobre la maternidad*. Ed. Icaria, Madrid
- Tubert, Sylvia. 1994. *Las figuras de la madre*. Ediciones Cátedra, Colección feminismos, Universidad de Valencia, España.